

Convertirse en el Discípulo Mundial

Catherine Crews

Al principio de la Biblia hebrea se nos presenta una conocida historia de la creación: Dios creó los cielos, la tierra y todo lo que hay en ellos. Luego creó a la humanidad a su propia imagen y la convirtió en la maestra de todos. La idea de ser maestro ha sido la raíz de gran parte de la destrucción del mundo natural y hoy estamos enfrentando las consecuencias de esa actitud.

En las lenguas del Suroeste Asiático, de donde proviene esta historia, la palabra que hemos traducido como "maestro" transmite con mayor precisión la idea de co-creador. En estas lenguas, Dios es Elohim, el Uno y los Muchos. La humanidad está separada de Dios y, sin embargo, sigue siendo una con Él. La creación es entendida como una realidad viva y continua; todas las cosas de la creación avanzan junto con el todo. Las tradiciones de sabiduría han llamado a esta relación extraordinariamente cercana Interser; la ciencia la ha denominado entrelazamiento.

En esta comprensión de la creación, todo y todas las cosas están sostenidas en una totalidad sagrada y evolutiva. La divinidad trascendente también es divinidad inmanente, y la creación nunca termina. Como co-creadores, nos hemos convertido en participantes activos, intermediarios que desarrollan el propósito divino en el tiempo y el espacio. Esto se ha llamado la obra del alma; cuando el alma despierta en la humanidad, comenzamos a transformar el mundo. Encontramos en nosotros un espíritu de inofensividad y generosidad que es el espíritu del discipulado. Fundamentadas en la relación de interser, estas indicaciones del desarrollo evolutivo en cada uno de nosotros influyen en la evolución del todo.

Desde la perspectiva de la divinidad, la creciente capacidad de la humanidad para expresar la conciencia del discipulado y servicio en los mundos de la creación puede describirse como un proceso de redención y restauración, que nos acerca cada vez más a la expresión del plan divino en la forma en que vivimos nuestra vida cotidiana. Cuando nuestros corazones y mentes se orientan hacia Dios, Dios responde acercándose. Esta respuesta recíproca e inevitable es reconocida en las tradiciones religiosas tanto de Oriente como de Occidente.

Así, al observar los cambios evolutivos que ocurren en la humanidad, y al percibir una síntesis esencial entre la expresión individual de la divinidad y su conjunto, nos acercamos más a Dios. Estos asombrosos desarrollos traen consigo crisis

correspondientes y periodos de desorden, a medida que aquello que se ha considerado expresión de verdad, bondad y misericordia se desmorona y el caos parece reinar. Ahora nos encontramos en tiempos como éstos, y así invocamos un enfoque divino en forma física. Buscamos un Salvador o Maestro del Mundo, conocido como Aquel Que Viene en occidente, y como un Avatar en oriente. Los judíos esperan al Mesías, los cristianos el retorno de Cristo, los musulmanes al Imán Mahdi, los budistas esperan a Maitreya y los hindúes al Avatar Kalki. Todas estas apariciones, o reapariciones, de mensajeros divinos traerán paz, amor y luz a nuestro mundo, destruirán el mal y restaurarán la rectitud.

Como co-creadores de estas aproximaciones de la divinidad, la humanidad debe desempeñar con éxito su papel: la invocación. La invocación es una organización inteligente de fuerzas de amor y energías espirituales que provoca la respuesta de seres espirituales que han establecido una relación y comunicación estrecha con nosotros. Las prácticas del discipulado: el hábito de la meditación diaria, la dedicación al estudio y al compromiso con el servicio, constituyen la base de la invocación. Aprendemos a mantener la mente firme en la luz, porque la energía sigue al pensamiento. Encarnamos la afirmación: "como el hombre piensa en su corazón, así es él." Desarrollamos la voluntad como una fuerza dinámica para la acción constructiva en la remodelación del mundo.

Se nos ha dado una plegaria mundial, la Gran Invocación, que invoca las energías de luz, amor y voluntad para sellar la puerta al mal, estableciendo la intención de restaurar el Plan divino en la Tierra. En la evidencia del nacimiento iniciático colectivo de la humanidad, a medida que los ideales que expresan ideas espirituales se convierten en realidad encarnada, encontramos una base sólida para la esperanza de lo que está por venir.

De esta esperanza hablan las tradiciones de sabiduría:

"Así vendrá nuevamente la paz a la Tierra, pero una paz desconocida hasta ahora. Entonces la Voluntad al Bien florecerá como comprensión, y la comprensión fructificará como buena voluntad en los hombres." (La Reaparición de Cristo, pág. 16 ed. Kier)